



Éxodo 2.0

Hace casi dos semanas, la primera delegación de cubanos disidentes liberados de las cárceles de La Habana llegó a tierras españolas. Una delegación cargada de esperanzas. Rostros de una lucha que lleva décadas dividiendo a un país entero. Hombres que cargan en sus maletas los sueños de una nación que anhela esta libertad para otros miles de presos que todavía pagan en celdas inhumanas, los pecados de pensar diferente.

Los ciudadanos de las tierras de Fidel llegaron a Barajas, como ellos mismos han declarado, "un tercio sobrados y dos tercios jodidos". En parte porque el sueño europeo se desvanece en medio de una de las crisis económicas más duras que le ha tocado vivir al antiguo continente, y en parte porque vuelven a ser expatriados, a pesar de la acogida que han tenido en su llegada a Madrid.

Todo esto huele tan complejo cuando nos informamos a través de los medios y redes sociales, que las condiciones tampoco han sido las más propicias para este grupo de personas que anda en busca, primero que nada, de recuperar su dignidad. En un país donde el 20% de la población está cesante, sin duda la posibilidad de incorporarse prontamente a una labor no será cosa de días.

Los cubanos se sienten extraños viviendo en hoteles, aunque repiten una y otra vez que cualquier cosa es mejor que la cárcel. Están esperanzados en que con el tiempo —y cuando con ayuda de las tres ONGs que los acogerán consigan integrarse en España— sus vidas irán tomando un rumbo de mayor normalidad.

Junto con la liberación, otro elemento añade más interés a la actualidad política cubana.

Lástima que el gesto del régimen no haya sido lo respetuoso con los derechos humanos que todos hubiéramos deseado. Lástima que haya tenido que morir en la cárcel uno de estos prisioneros, Orlando Zapata. Lástima que otro, Guillermo Fariñas, haya estado al borde de perder la vida también por una huelga de hambre pidiendo la excarcelación de los compañeros más enfermos.

Estos primeros disidentes liberados son una nueva etapa en la vida de muchas familias. Pero hoy las cosas ya no son como antes. No hubo un embarque secreto de prisioneros que cruzaron el mar en busca de libertad. No hubo mediaciones a puertas cerradas con acuerdos que terminan denigrando a las naciones.

Esta vez el éxodo fue público, observado, lleno de lágrimas, aplaudido por naciones que hoy están en condiciones, quizás aún más que España, de recibir a estos refugiados y entregarles condiciones humanitarias de primer nivel. Hoy, quienes son contrarios a sus gobiernos no están solos. Están siendo seguidos por miles de personas que revisan el blog de Yoanni Sánchez, por otros millones que siguieron en la prensa el ayuno de Guillermo Fariñas y por otros tantos que no se despegan de los pasos de Fidel en su tierra golpeada por la falta de libertad. El sueño revolucionario quedó añejo en Cuba.

Hay muchos que argumentan que tras esta liberación, hay segundas intenciones. Que el gobierno de los Castro tiene una larga historia de usar a sus presos

políticos como fichas de negociación: libera un puñado de presos cada tanto, a cambio de concesiones económicas o diplomáticas, para más tarde arrestar a la siguiente tanda de disidentes y mantener el estado policial en la isla.

Es difícil no ser escéptico. Pero lo cierto es que siete personas que hasta hace algunas semanas vivían en una celda hoy rehacen su vida en tierras lejanas. Libertad o deportación será algo que tendremos que revisar en algunos meses más, cuando el listado completo de los presos que los Castro prometieron liberar esté ya en tierras en las cuales no serán perseguidos por su manera de pensar.

Y lo seguiremos mirando. Cuando suban a sus respectivos aviones, cuando aterricen en países que no han visto ni en el mapa, cuando se sientan nuevamente un poco prisioneros de su fortuna y lejos, muy lejos de la isla que los vio nacer y donde estuvieron puestas todas sus esperanzas en la utopía castrista. **¡&N**